

Año 2025  
**Curso: Re Conocerse**  
**Los Estatutos: ruta y espejo**

Sábado 08 febrero 2025

Lección n° 2A

Fabio Ciardi

### **El Carisma y la Regla**

Estoy contento de hablar, de dar esta clase aquí en esta aula, porque durante años estuve con Chiara en esta aula.

Pero ahora no voy a hablar de los Estatutos de la Obra. Esto es solamente una introducción para una mayor comprensión, quizás, de los Estatutos. Me centraré, justamente, en la idea de Regla en general, así como nació en la vida consagrada.

Al principio, cuando nació el monaquismo, uno de los primeros nombres con los que se denominaba la vida monástica era precisamente “Vida evangélica”, porque el único objetivo de la vida monástica era vivir el Evangelio: seguir a Jesús viviendo el Evangelio.

Idealmente el nacimiento de la vida consagrada<sup>1</sup> se identifica con la experiencia de san Antonio del desierto. Precisamente su biógrafo, san Atanasio, decía que Antonio era como un campo abierto, arado, preparado para acoger la semilla de la palabra de Dios. Y escribe: «Estaba tan atento a la lectura de las Escrituras, que nada de lo que está escrito en ellas caía de manera estéril en el terreno de su mente, sino que conservaba en sí cada cosa, a tal punto que para él la memoria ocupaba el lugar de los libros». O sea, había asimilado la Palabra de Dios y se la sabía de memoria. Es una de las características del primer monaquismo: aprender de memoria la Palabra de Dios con la técnica de la “rumiación (o sea repetían, repetían las palabras del Evangelio, de la Sagrada Escritura) y así penetraban en ellas, se transformaban en vida.

Por tanto, san Antonio no tenía una Regla porque su Regla era precisamente el Evangelio. Y Lutero, que era fuertemente crítico con la vida monástica, tenía una estima enorme de san Antonio y escribió: «San Antonio, padre de los monjes y fundador de la vida monástica, consideró y enseñó que nunca se debe emprender nada que no esté basado en la autoridad de las Escrituras. ¡Nada era más sabio ni más cristiano!». Esto lo elogiaba mucho Lutero al inicio de la vida monástica: ¡que fuese solamente Palabra de Dios!

También sucesivamente, en todo el primer milenio, la Palabra de Dios está en el centro del monaquismo.

Cuando en Oriente nacen las primeras Reglas, son muy simples, no tienen profundos contenidos espirituales, ¿por qué? Porque la Regla era precisamente el Evangelio. Eran simples normas prácticas para la convivencia.

Lo mismo en Occidente. La Regla, la gran Regla de san Benito, empieza diciendo: «Escucha, hijo ...»

y por lo tanto, pone al monje a la escucha de la Palabra de Dios. Y escribe todavía: «Escuchemos la voz de Dios que se dirige a nosotros cada día...». Por eso, para san Benito –como ya mencioné en la introducción la vez pasada– su Regla es solo una iniciación para principiantes, para comenzar; pero para progresar está toda la Sagrada Escritura.

A principios del segundo milenio, San Esteban de Muret resumió todo el recorrido hecho por la vida monástica, consagrada, del primer milenio. Y escribió: «Hacia la casa del Padre supremo [...] se dirigen diferentes caminos [...] llamados la Regla de san Basilio, de san Agustín, de san Benito. Pero esas reglas no son la verdadera regla, ni son su fuente. [...] De hecho, para la fe y para la salvación existe solo una regla que es la primera y la principal, de la que derivan todas las demás como arroyos de la fuente: se trata del santo Evangelio que el Salvador transmitió a los apóstoles y que ellos anunciaron fielmente a todo el universo». «No existe más Regla que el Evangelio».

Y podríamos continuar ... San Francisco de Asís... ¿cómo comienza su Regla?: «La Regla de los frailes menores es vivir el santo Evangelio de nuestro Señor, Jesucristo». Esta es la Regla.

Y podría citar a muchos, también más recientes. En el siglo XX ... decía San Luis Orione: «*Que nuestra primera Regla y vida es observar [...] el Santo Evangelio*». Y la Hermanita *Magdeleine*<sup>2</sup>: «Debemos construir algo nuevo. Una cosa nueva que es antigua: es el cristianismo auténtico de los primeros discípulos de Jesús». Es decir, tenemos que «retomar el Evangelio palabra por palabra».

El Concilio Vaticano II resume este camino diciendo que «la regla suprema» de todos los institutos, la norma definitiva de la vida religiosa es seguir a Cristo como enseña el santo Evangelio.

Entonces la pregunta es: pero si todos quieren solamente vivir el Evangelio, ¿por qué han surgido tantas «Reglas»? ¿Por qué han nacido tantas familias religiosas?

Me parece que el paso de la Regla [el Evangelio] a las Reglas, lo determine el carisma. El Espíritu Santo otorga gracias particulares a algunas personas para que ellas hagan una lectura particular del Evangelio, tengan una comprensión siempre nueva del Evangelio. Me parece que el Espíritu Santo sea como un prisma que refracta la luz blanca del Evangelio en muchas luces de colores. Cada carisma tiene un color diferente, pero tiene la misma naturaleza, porque es luz.

Por ello, el Espíritu Santo lleva a cada fundador a una comprensión particular del Evangelio, del misterio de Jesús: a revivirlo, a ponerlo en práctica.

El carisma puede considerarse, pues, como una «lente de aumento» de ciertas páginas evangélicas que, para estos hombres, para estas mujeres que fundan una familia carismática, son las palabras clave que les los identifican.

La *Lumen gentium* describe precisamente la multiplicidad de los carismas diciendo que son el mismo Cristo, pero captado en diversos momentos: «ya sea en contemplación en el monte, o anunciando el reino de Dios a las muchedumbres, curando a los enfermos y a los heridos o convirtiendo a los pecadores, bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos».

Por tanto, los fundadores son esa Palabra evangélica hecha vida: es una interpretación del Evangelio, es una exégesis viva de las palabras del Evangelio.

Chiara, a este propósito, dice con una imagen muy bonita: ¿Qué es la Iglesia? Mirando los carismas, dice que la Iglesia es “Cristo desplegado a lo largo de los siglos”. Es el misterio de Cristo que se actualiza de siglo en siglo; es un Evangelio vivo que se actualiza en formas siempre nuevas.

¿En qué consiste, pues, la Regla, una Regla? Es el Evangelio leído a través de la mediación de un carisma. Está al servicio de un proyecto de vida que brota del Evangelio.

Otra bonita imagen es la de san Francisco de Asís. Tommaso de Celano, su primer biógrafo, narra: «Le parecía haber recogido del suelo finísimas migajas de pan y tener que distribuirlas a muchos frailes hambrientos que estaban a su alrededor. (Por tanto, tenía que dar de comer a los frailes) Y como dudaba, temiendo que esas migajas tan finas, como diminutos granos de polvo, se le escaparan de las manos, se oyó una voz que gritaba desde lo alto: “Francisco, con todas las migajas

forma una sola hostia y dásela a comer a quien quiera”. Poco después, mientras velaba en oración, le llegó del cielo esta voz: “Francisco, las migajas de la pasada noche son las palabras del Evangelio, la hostia es la Regla.....”». Por tanto, la Regla es el Evangelio molido, vivido por Francisco, y donado a sus discípulos.

La Regla es, pues, como una “introducción”, tal como escribía a propósito San Benito, una introducción al Evangelio, una “mediación”, un “instrumento pedagógico” que ayuda a vivir la gran regla que es la Escritura. Es un subsidio para comprender y vivir el Evangelio a la luz de un carisma particular. Es un pan de Evangelio, hecho de Evangelio, como decía san Francisco.

Y san Francisco de Sales usa otra imagen poética muy bonita: «Entre el Evangelio y las Reglas (...) no hay más diferencia que entre una música escrita y una música cantada». Una Regla es el canto del Evangelio.

Todas las familias religiosas tienen una Regla. Algunas Reglas han atravesado los siglos y han permanecido intactas, como la de Basilio, Agustín, Benito. No hay ningún otro tipo de institución que tenga una normativa tan antigua. Las Constituciones más antiguas de los países son cosas de ayer; pero estas otras atravesaron los siglos. Son Reglas extraordinarias, que forjaron santos y dieron vida a monumentales civilizaciones.

Pero ¿por qué es necesaria una Regla? Lo expongo con cuatro palabras, brevemente, para explicar cómo he comprendido yo por qué tenemos necesidad de una Regla.

La primera palabra es Orden. ¡La creación sucede desde el caos (hay un caos primitivo)! Llega el Espíritu, llega la Palabra y llega el orden, llega la creación. ¿Y cómo se realiza la acción creadora? A través de la distinción: la distinción entre el cielo y la tierra, entre la luz y las tinieblas, entre el agua y la tierra. El caos se pone en orden.

El pecado es el retorno al caos primitivo, primordial; el pecado es la eliminación de la distinción, la abolición de la ley.

Una Regla ayuda a restablecer el orden inicial, restituyendo la distinción entre las cosas y entre las acciones, así como la distinción entre el bien y el mal, entre la ley de la muerte y la ley de la vida

Segunda palabra: Armonía. La distinción podría degenerar en una división, en una separación incommunicable entre los varios elementos; una dicotomía entre acción y contemplación, cuerpo y espíritu, persona y comunidad... La persona no se realiza plenamente si no vive todos los aspectos, todas las dimensiones de la vida. La comunidad no se constituye si todas las dimensiones de la vida no son activas y están animadas por el único amor. La Regla ayuda a encontrar, conservar y proteger la armonía de las personas y de las comunidades.

Tercera palabra: Ritmo. Todo tiene un ritmo, la vida es rítmica: las estaciones, el latido del corazón... La Iglesia tiene como ritmo el año litúrgico.

También la persona e igualmente la comunidad necesitan en su vida tener un ritmo. La Regla de San Benito dividía el tiempo en tres partes iguales: oración, trabajo y descanso. Así pues, la sucesión de los momentos a lo largo del día, de la semana, del mes, del año, deben ser regulados por la Regla, y esto garantiza un camino ordenado y armonioso.

Entonces, orden, armonía, ritmo...

La cuarta palabra puede resultar un poco difícil: **Disciplina**.

Permanecer fieles a un proyecto de vida que se nos ha dado, requiere ascesis, autocontrol, vigilancia constante del camino (¿estoy progresando bien?); una disciplina que frene los cambios de humor, la bajada de tono, la improvisación. ¡Estamos haciendo un camino serio! La Regla ayuda a tomar las riendas de la propia vida, con seriedad, sin excusas, imponiendo una disciplina a la persona y a la comunidad, para hacer frente a las posibles desviaciones o a las tentaciones de desviarse.

Pero ¿quién es el que da una Regla? En realidad es el Espíritu Santo, justamente, el que ayuda a una

persona a comprender de un modo nuevo el Evangelio y cómo vivirlo. Por tanto, un fundador hace una experiencia bajo la guía del Espíritu Santo, y esta experiencia debe comunicarla, tiene que transmitirla. Y la Regla es precisamente el instrumento principal que los fundadores y las fundadoras, tienen para la transmisión de su propia experiencia del Espíritu, para transmitir el carisma que han recibido. De aquí la importancia de la Regla para la continuidad carismática.

San *Francisco de Asís* en su *Testamento* manda «firmemente por obediencia» a todos los frailes, que no añadan explicaciones a la Regla: «Como el Señor me ha encargado decir y escribir la Regla (...) así sencillamente y sin comentarios deben entenderla y observarla santamente hasta el fin».

Santa *Angela Merici*, hablando de su «santa Regla», invita a las Vírgenes de su Compañía a que nunca se dejen desviar de ella porque está «divinamente ordenada».

San *Vicente de Paúl*: el espíritu de su familia está «contenido e incorporado» en la Regla y es «imposible adquirir el espíritu de la misión sin la observancia de la Regla». «Todo está indicado allí; y para ver cómo cada uno debe formarse y cómo debe actuar, solo tiene que poner su mirada en ese espejo».

*Mi santo fundador, san Eugenio de Mazenod*, invita a «impregnarse del espíritu de la Regla», a practicarla: «Solo así seremos lo que Dios quiere que seamos y dignos de nuestra vocación». «Ahí está el secreto de la perfección: ahí está todo lo que debe conducirnos a Dios».

La Regla, en conclusión, es un instrumento privilegiado para la transmisión del carisma, para vivir el Evangelio leído desde la perspectiva del carisma. Es la inspiración comunicada, una experiencia compartida, que genera una experiencia análoga.

Chiara, en uno de sus escritos de los años Cincuenta, la define “La obra maestra del santo”. Y escribe: El fundador es «un pequeño padre y la santa es una pequeña madre». «La Regla atestigua, explica, fija, mantiene» su ideal, su obra con «una determinada fisonomía, su índole, su sangre». Siente que debe afirmarla públicamente «con la fuerza con la que una madre dice: “Este es mi hijo y no otro”». Por eso la Regla «es la obra maestra del santo».

Mediación evangélica, la Regla orienta los primeros pasos hacia una lectura cada vez más profunda de la Palabra de Dios. Es el inicio de un camino espiritual que exige abrirse siempre a horizontes nuevos, infinitos.

En este sentido, la Regla tiene un valor «mínimo», indicativo, no cierra, sino que abre a una experiencia cada vez más amplia, te encamina y después te toca ir adelante.

El Espíritu Santo, origen del carisma, sigue siendo siempre la guía última para los miembros de una familia carismática, así como lo fue para Jesús, para todo cristiano, para los fundadores y las fundadoras. Era el Espíritu Santo quien guiaba a los fundadores al escribir la Regla; la Regla es solo un esbozo en vista de la guía interior del Espíritu Santo, y nos hace libres.

Son significativas –y así termino– las últimas palabras de san Francisco de Asís a sus frailes, poco antes de morir. Les dijo: «Yo hice mi parte –y ahora esperaríamos que dijera: ustedes hagan la suya, ¡pero no! –. Él dijo: Yo hice mi parte –o sea, me dejé guiar por el Espíritu Santo–; que Cristo les enseñe la de ustedes». Cada uno debe ser dócil a la acción del Espíritu y seguir lo que el Espíritu indica. Él hizo su parte, la transmitió... Ahora ustedes hagan la parte que Cristo les enseñará. ¡Este es el sentido de una Regla.